

Estética política



La Publicidad

(Bar celona)

9-206

9 Sept. 1916

Estilo

O.C. tomo IX.

—Bueno— me decía —, pero aunque usted no esté conforme con las ideas de Vázquez de Mella y las rechace y combata, usted reconocerá conmigo que es un gran orador, un gran artista de la palabra!

—¡Qué he de reconocerlo, hombre de Dios!—exclamé—¡qué he de reconocerlo! ¡Ni por pienso! Y precisamente no estoy conforme con lo que dice y predica—si es que dice y predica algo que sea algo—y lo rechazo y lo combato, porque me parece un mal orador, un no artista de la palabra, un valor estético negativo y destructor. Si me pareciera bien como orador, como artista, me parecería también bien lo que dijese y estaría conforme con ello.

—¡Caramba! — exclamó. — Entonces si dos artistas, dos verdaderos artistas de la palabra, dos oradores de verdad, sostienen cosas contradictorias le parecen a usted bien los dos, no es eso?

—¿Y qué duda cabe?—le repliqué.— Porque dos artistas, dos verdaderos artistas, o digamos más bien dos poetas, que tales son los oradores de veras, jamás se contradicen. Y esto, aunque parezcan decir cosas contradictorias. Y en cambio dos que parezcan decir la misma cosa, dicen cosas muy diferentes. ¿Usted ha leído al Conde José de Maistre?

—No, no señor—me contestó.—Pero he oído hablar de él bastante.

—Lo cual no es lo mismo—le dije.— Conozco, en efecto, quienes no le quieren leer porque han oído hablar no ya bastante, sino demasiado, de él. Han oído que defendió al verdugo y a la Inquisición y a la santa ignorancia y no han querido leerle. Y no saben que cuando defendía esas cosas defendía muy otras, que defienden quienes le citan y le repiten. El, el conde de Maistre el patriarca de los integristas, el gran ultramontano, decía cosas que dichas por él eran verdad y repelidas por sus secuaces son mentira. De Maistre era un soberano orador, un orador por escrito, pero soberano. Y era un formidable artista Luis Veuillot. Y lo era también, aunque en menor grado, en mucho menor grado, nuestro don Juan Donoso Cortés, el marqués de Valdegamas. Pero éste otro don Juan, su papagayo. ¿Este? ¡qué ha de serlo, ni gran-



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S

Ala



de, ni chico! Lo malo no es lo que dice; lo malo es la manera de decirlo. Es decir, lo malo es, sí, lo que dice, porque lo que se dice no es otra cosa que la manera de decirlo, que el dicho. Y cuando se dice algo mal es que se dice algo malo. O que no se dice nada. Y esas llamadas síntesis históricas, esos desenfrenados galopes a través de la historia, esas carreras a la grupa de un Clavileño desde Viriato hasta Zumalacárregui o desde Numancia hasta Somorrostro, todo eso no es decir nada. Y es un síntoma terrible la perversión del sentido estético público que supone el que sean legión los que se apacienten con esas nonadas.

—Vamos, sí — me dijo — que quiere usted aplicar el sentido estético a las cosas de política...

—Y claro es que quiero aplicarlo — le repliqué.— Como la política es arte, ante todo y sobre todo arte, es el sentido estético el que hay que aplicarle. Una política fea es una política mala, es una política antipolítica, es decir, no es política. Y la fealdad se llama rampionería y se llama charlatanería y se llama oquedad sonora. ¿O es que cree usted que el retorcimiento barroco de los escritos de Maura, su estilo salomónico, no delata un vicio de concepción y de pensamientos políticos?

—¿Salomónico le llama usted al estilo de Maura? — me preguntó. — Eso quiere decir que le reconoce usted a él algo de Salomón.

—¡No, no! — le dije — al decir que su estilo de escribir es salomónico no quise compararlo con el del "Eclesiastés", el "Libro de los Proverbios" o el "Cantar de los Cantares", atribuidos a Salomón, no, ¡nada de eso! Quise más bien compararlo con el estilo de la talla de las columnas llamadas salomónicas, las churiguerecas, aquellas que parecen paños que se retuerce, después de lavados, para enjugarlos el agua. Y ese vicio artístico delata un vicio íntimo de concepción. Y créame que el más triste síntoma que presenta nuestro Parlamento es el bajo, bajísimo, infimo nivel estético de él. Cuando leo en la reseña de una sesión parlamentaria que tal o cual prohombre político entonó un himno a la patria, o al ejército o a la marina o a lo que sea, me echo a



Ala



temblar. Esos himnos parlamentarios de las sesiones solemnes, de las sesiones de altura, son lo más desconsolador de nuestra desconsoladora vida parlamentaria. Nuestra decadencia política es decadencia estética.

—¿No será más bien al revés?— me insinuó.

—Es lo mismo—le contesté.—Acaso convenga más decir que nuestra decadencia estética es decadencia política. Por que sólo tiene gusto el ciudadano en cuanto tal. Y donde no hay ciudadanía no hay gusto.

—Pues mire usted—me replicó,—ahí tiene usted esos que siempre están hablando de ciudadanía y culpando a los otros de mal gusto.

—Si, es la consigna de los conservadores de nuevo cuño —le dije.—La ciudadanía para ellos parece ser un oficio, y en cuanto al mal gusto, no hay otra acusación cualquiera que se encuentre más en boca de los espíritus ramplones. Y hoy en España conservaduría es sinónimo de ramplonería. Fíjese que no ha faltado quien haya dicho que el ser germanófilo era más distinguido y que la francofilia o la anglofilia eran una ordinariéz.

—Y a propósito de germanofilia—me dijo,—¿qué le parecen las correspondencias de Ricardo León desde Berlín?

—Pues me parecen—le contesté—lo mismo que los discursos del señor Vázquez de Mella; que no me meto, que no me quiero meter en lo que dicen, si es que dicen algo, ni en si todo eso podría haberse escrito lo mismo desde Madrid, ni en si sabe o no la lengua del pueblo en que se halla. No me importa todo eso. Me basta coger las crónicas esas y empezar a intentar engullir, como quien engulle afrecho o serrín o si usted quiere harina seca, toda esa lengua muerta, requetemuerta, amojamada, hediendo a Academia, todo eso del "apacible lar", todo ese calco de estilo cervantesco. Y el estilo cervantesco es hoy tan disparatado como aquel salomónico de que le hablaba. Para escribir hoy al modo de Cervantes tenemos que retorcer y torturar nuestra expresión como quien retuerce un paño lavado para enjugarle el agua de jabón. Y lo que se dice de esa manera, sea ello que fuese, no puede ser





nada que valga la pena de ser dicho. Allí nada palpita, nada se estremece, nada vibra. Todo ello está dicho en un estilo conservador, peor aún, tradicionalista. Y el estilo tradicionalista delata la muerte de la tradición. Porque la tradición no es ni puede ser sino la materia de la historia, pero materia que hay que informar y vivificar.

—Pues, amigo mío—me dijo entonces,—esos discursos y esas crónicas tienen público, mucho público a quien recrear.

—¿Qué le recrean? — salté diciendo —¿qué le recrean? ¡Qué han de recrear-le! ¿Pero usted sabe lo que es recrear y recrearse? Re-crear es volver a crear; re-crearse es volver a crearse. Y no, no vuelven a crearse al oír ni al leer eso. Y lo oyen y lo leen para no tener que volver a crearse, para no tener que vivir. Sí, eso les gusta, pero les gusta por pereza y nada más que por pereza. Eso les da la ilusión que piensan algo. Eso no es más que un narcótico. Eso les ahorra de tener que pensar y de tener que sentir; eso les hace en el sueño, pero en un sueño sin ensueños, en una soñarrera. Eso les amodorra. Y nuestro tradicionalismo no es otra cosa. Se trata tan sólo de echar la siesta recostando la cabeza en la almohada pétrea de la tradición, de una tradición que no es historia, es decir, no es tradición viva, de una cosa hecha y no que se esté haciendo. Y el estilo oratorio de Mella, como el estilo literario de León, son cosas hechas y no cosas que se hacen. Es decir, no son cosa de espíritu, sino de materia. Son tierra, tierra, tierra, nada más que tierra.

—Es que se puede hacer de la tierra espíritu...—me dijo.

—¡Claro que sí! — exclamé — ¡claro que sí! Pero hacer de la tierra espíritu es hacer de la tradición historia. Y para hacer de una lengua terrena una lengua espiritual, no sólo sobran sino que estorban las Academias y los académicos. Y para hacer poesía, es decir, creación política, no sólo sobran sino que estorban los que en el Parlamento entonan himnos a la tradición patria. ¡No, nada de esos himnos! Queden para los juegos florales.

MIGUEL DE UNAMUNO



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA